

MAXIMILIANO JARA

# MANUAL PARA DESACTIVAR LA RETÓRICA SOCIALISTA



*Prólogo de*  
**SERGIO  
MELNICK**

“Este libro y esta editorial constituyen un ejercicio de la libertad de expresión que John Stuart Mill defendía sin concesiones, pues reafirman la relevancia de la cultura tolerante y genuinamente diversa que tanto liberales como conservadores deben abrazar”

Axel Kaiser

EDITORIAL  CONSERVADORA

# MANUAL PARA DESACTIVAR LA RETÓRICA SOCIALISTA

MAXIMILIANO JARA

# MANUAL PARA DESACTIVAR LA RETÓRICA SOCIALISTA

Autor: Maximiliano Jara Pozo

Editorial Conservadora S.p.A.

Badajoz 100, of. 523

Las Condes, Santiago, Chile

[www.editorialconservadora.cl](http://www.editorialconservadora.cl)

Edición: Benjamín Lagos Cárdenas

Diseño: Carlos Merino

Derechos reservados.

©2020 Maximiliano Jara Pozo

Inscripción N° 2020-A-4230

Registro de Propiedad Intelectual

ISBN 978-956-09169-7-6

ISBN Digital: 978-956-6172-09-3

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio, salvo autorización previa y escrita de Editorial Conservadora S.p.A.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com)

[info@ebookspatagonia.com](mailto:info@ebookspatagonia.com)

*Nuestro ridículo defecto nacional consiste en no tener mayores enemigos que nosotros mismos, de nuestros triunfos y de nuestra gloria.*

Napoleón I

*Heme aquí por siempre desacreditado ante todos. Se me acusa de ser un hombre sin corazón y sin entrañas, un filósofo rancio, un individualista, un burgués y, para decirlo todo en una palabra, un economista de la escuela inglesa o americana. ¡Oh! Perdónenme, escritores sublimes, a los que nada detiene, ni las propias contradicciones. Estoy equivocado, sin duda, y me retracto de todo corazón. No pido nada mejor, estén seguros, de lo que ustedes ya han descubierto: un ser bienhechor e infatigable, llamado Estado, que tiene pan para todas las bocas, trabajo para todos los brazos, capital para todas las empresas, crédito para todos los proyectos, aceite para todas las llagas, alivio para todos los sufrimientos, consejo para todos los perplejos, soluciones para todas las dudas, verdades para todas las inteligencias, distracciones para todos los aburrimientos, leche para los bebés, vino para los ancianos; un ser que provee a todas nuestras necesidades, previene todos nuestros deseos, satisface todas nuestras curiosidades, endereza todos nuestros entuertos, repara todas nuestras faltas y nos dispensa de juicio, orden, previsión, prudencia, juicio, sagacidad, experiencia, orden, economía, templanza y actividad.*

(Frédéric Bastiat, El Estado)

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN: El valor de la diversidad, de Axel Kaiser

PRÓLOGO de Sergio Melnick

INTRODUCCIÓN

PARTE I - *Los sepultureros del neoliberalismo*

1. Cuando los socialistas relativizan la pobreza
2. El mito de la desigualdad
3. Desiguales: ¿una percepción de la desigualdad en Chile?
4. Nación desigual: una mirada histórica
5. Hacia un Estado de Bienestar fracasado
6. Cuando la austeridad se transforma en una realidad
7. Productividad y crecimiento

PARTE II - *Cuando asoma el topo de la historia*

1. Chile decide: por la vieja Constitución

2. El mito de las AFP

3. La buena educación

4. Salud: el día que Mañalich tuvo la razón

5. La erosión del sentido de comunidad

BIBLIOGRAFÍA CITADA



# PRESENTACIÓN

## *El valor de la diversidad*

Por Axel Kaiser

Quienes creemos en la libertad de expresión según la tradición de John Stuart Mill, es decir, en que debe existir la más abierta discusión de ideas posible para, desde ahí, alcanzar la verdad, pensamos que la única diversidad relevante para el progreso social es la intelectual. En los tiempos que corren, en que el concepto de diversidad se ha reducido a una superficial dimensión tribal sirviendo como pretexto para cancelar visiones disidentes, debe celebrarse el que se realicen esfuerzos para ampliar el abanico de puntos de vista. Este libro y esta editorial constituyen un ejercicio de la libertad de expresión que Mill defendía sin concesiones, pues reafirman la relevancia de la cultura tolerante y genuinamente diversa que tanto liberales como conservadores deben abrazar.

Las ideas planteadas por el autor, Maximiliano Jara, son críticas con corrientes ideológicas de izquierda en Chile y se puede decir al leerlas que, en cierto grado, comparten el estilo polémico de sus adversarios. Los datos y la evidencia

son relevantes en el arsenal argumentativo de esta obra ilustrando el punto que pretende demostrar su autor, a saber, que las ideologías suelen ser ciegas a la realidad, pero muy hábiles en materia de generar relatos capaces de persuadir a grandes grupos de personas al estimular sus emociones. Se esté o no de acuerdo con él, el texto de Jara es dinámico, presenta muchos argumentos convincentes que merecen ser discutidos y, sin duda, reflejan el pensamiento de millones de chilenos que ven con preocupación el camino que ha tomado el país debido a la influencia de doctrinas incompatibles con el progreso. Por ello, es de esperar que este libro produzca la discusión que merece y sea valorado por todos quienes creen en la diversidad de puntos de vista como un aporte al debate de ideas.

# PRÓLOGO

Por Sergio Melnick

La libertad, desde que el mismo momento en que el ser humano adquirió la consciencia de ser consciente, tras millones de años de evolución, ha sido siempre una aspiración muy profunda, inescapable y por cierto muy compleja. De hecho, el individuo ha tenido que luchar siempre contra las estructuras sociales del poder. No fue fácil liberarse de los reyes, ni de la esclavitud, así como hoy no lo es liberarse de los estatistas que han reemplazado a los viejos dictadores con una nueva forma de deidad omnipotente: el estado. Gramsci, como demuestra el autor, reemplazó a Marx en la estrategia, pero no en los fines.

Cada ser humano es único e irreproducible, hasta ahora. Eso nadie lo puede discutir, aunque la tecnología podría decir otra cosa muy pronto. Somos todos diferentes; más aún, queremos ser diferentes. Diferente no es ni mejor ni peor, es simplemente diferente. Nadie quiere ni merece realmente tener que vivir la vida de otro. Luchamos por ser distintos a los demás, por destacarnos, por triunfar. Luchamos para poder lograr el desarrollo del máximo potencial de ese ser único que somos, lo que Jung llamó el

camino de la individuación (que no tiene nada que ver con el individualismo) y que requiere poder descubrir esa identidad profunda: nuestro verdadero ser.

Precisamente por ello, la libertad para poder desarrollar ese “sí mismo” es una aspiración inescapable del individuo, que viene o está anclada en sus arquetipos inconscientes muy complejos, propios del ser humano.

El ser humano tiene dos grandes facetas. Una es su rol social, con sus múltiples máscaras que le permiten la adaptabilidad y la sobrevivencia. Estas están localizadas en la consciencia donde el ego es algo así como el administrador de la consciencia. Es el YO del ego; necesario. Por el otro lado, está ese ser interior, único, irreproducible, que busca su propia expresión. Ese es el Self. La buena sociedad es la que permite por un lado realmente ese desarrollo y para eso el ingrediente crítico es siempre la libertad. Por el otro, el estado que debe apoyar al desvalido para que tenga las oportunidades que merece como ser humano. Una cosa entonces es definir las reglas del juego, otra es tratar de predefinir el resultado: eso simplemente no es posible.

La sociedad, a su vez, es fundamental para el desarrollo del ser humano precisamente porque somos diferentes. La sociedad nos permite especializarnos y colaborar. Esa especialización es enormemente productiva en el bienestar colectivo. Por otro lado, también lo es para los efectos de la seguridad que todos requerimos, y que se alcanza mejor en

grupo que en forma individual. Es la gran enseñanza que viene incluso de las células originarias cuando aprendieron a colaborar y terminaron en un organismo. La sociedad requiere y permite la colaboración, pero no debe jamás tratar de anular la propia individualidad, la esencia de cada cual: aquello que nos hace ser nosotros mismos.

El liberalismo como cuerpo de ideas es hasta hoy la principal forma de organización social que permite compatibilizar sana y productivamente lo individual con lo colectivo. Ello se regula en el llamado contrato social, cuya base última dependerá de una cosmogonía que define el rol del ser humano. Hay muchas cosmogonías: no debe haber una oficial. ¿Somos lobos u ovejas? Somos ambos, somos duales, por eso requerimos un sólido estado de derecho.

Los estatistas, es decir los adoradores del estado como un nuevo dios omnipotente y bueno, gustan de la ingeniería social exclusivamente realizada desde la consciencia, por definición imperfecta. La consciencia es solo la parte racional del ser humano (la que más se equivoca), el que también tiene espiritualidad, emociones, instintos, historia (cultura o consciencia colectiva). Lo que hacen, en definitiva, es reducir la complejidad de la realidad humana a los cánones sagrados de su propia ideología, es decir, a teorías o conjeturas que no son nunca la realidad. Al final son caricaturas bellas, pero irreales. Someten así al individuo a las verdades oficiales y a la burocracia militante. Se basan en teorías deterministas de la historia,

negando la evidencia de la civilización que sigue abriendo puertas insospechadas en el desarrollo colectivo y personal.

No solo eso: los seres humanos nos hemos transformado en co-creadores de la realidad, con base en una tecnología que cada vez se parece más a la magia, cuando es vista a la luz de la historia. Hemos leído el código genético y encontrado la nada en la materia cuántica. Estamos de hecho abriendo literalmente una nueva realidad digital que cambia todos los conceptos de realidad que antes conocíamos. El tiempo y el espacio ya no son lo mismo.

Para indagar lo nuevo y “crear” realidad, se requiere libertad de pensamiento y de emprendimiento para materializar las nuevas ideas y abrir los horizontes. El estado no es ni creativo ni innovador: es siempre burocrático.

Aun así, los estadistas siguen como si nada con sus modelos cavernarios, represivos de la individuación que más tarde o más temprano siempre busca el ser humano en su soledad existencial. Somos intrínsecamente solos, por ser únicos, lo que no significa tener que ser solitarios.

Detrás de la trama humana, está la esquivada y difícil pregunta del quién soy yo, de cuál es mi tarea personal en esta existencia. Y para qué hablar del desarrollo de la espiritualidad (que no es lo mismo que la religión, que es solo una de sus formas posibles), que es un espacio

también propio e íntimo del individuo que el materialismo estatista siempre ha despreciado y perseguido, incluso con la prohibición y muerte.

En ese marco general de referencia, resulta demasiado gratificante encontrar y leer a un intelectual que sale a la defensa de la libertad, en tiempos que es fuertemente amenazada por el totalitarismo socialista. Venezuela, el país más rico de la región, se transformó con el chavismo en uno de los más pobres.

Este libro es muy interesante. Es una mezcla del análisis de las grandes ideas político-sociales, en la lógica agradable de una pluma que se acomoda al estilo de las buenas columnas de opinión y con gran lucidez. Pero a diferencia de una colección de columnas de opinión tradicional, este es un libro que completa una hipótesis política del autor. Aquí hay discusión de ideas, de teorías, fundamentos intelectuales, referencias abundantes para seguir y defender los grandes ideales de la libertad humana. No es obviamente un libro de investigación teórica, que proponga un nuevo modelo, sino que es un libro de un conocimiento aplicado.

Paso a paso, Maximiliano Jara va desactivando el relato populista del socialismo arcaico, y va mostrando como ese estatismo resulta al final profundamente irracional, vestido con los ropajes elegantes del estado de bienestar mal entendido. Así es como ese estado va generando una falsa igualdad que básicamente empobrece a la mayoría, y

transforma a los individuos paulatinamente en esclavos de la limosna estatal, del bono, del paquete de medidas, de la ilusión de justicia que viene de ese nuevo dios aparentemente empático, bondadoso y misericordioso.

Para todo ese desarrollo, el autor usa la evidencia del caso chileno de los últimos 40 años. Uno a uno va derribando los mitos que han instalado en las malas prácticas gramscianas en la política y decisiones públicas, que poco a poco van apagando la libertad individual. El individuo es previo al estado y es este quien debe servir al ser humano, no al revés. Chile, como demuestra este libro, no era el país más desigual del planeta: era el mejor de la región, admirado internacionalmente. “Cada decimal (de las estadísticas que el socialismo desprecia), significa miles de personas que salieron de la pobreza y viven mejor que sus antepasados”.

El abuso del realismo mágico se establece creyendo que los discursos resuelven problemas, o que las buenas intenciones bastan para gobernar. Peor aún, muestra la idea mesiánica de que una Constitución podría garantizar derechos, bienestar y desarrollo por sí misma, cuando en realidad ello depende de las personas. Los porfiados resultados del estatismo son siempre negativos una y otra vez en la historia. En nombre de la causa estatal y colectivista, la historia muestra cómo se han instalado feroces dictaduras que compiten en atrocidad con el nazismo despreciable, apenas otra forma de colectivismo socialista.



Hoy Chile vive épocas muy difíciles. Después del período probablemente más exitoso de la historia del país, medido en todas las dimensiones posibles como lo demuestra el autor, a partir del primer gobierno de la Sra. Bachelet la economía se empezó a desplomar hacia un nuevo estatismo agobiador. La sociedad se polarizó. Desde entonces, hace ya 12 años, estamos con un déficit fiscal agobiante que va acompañado de una deuda pública cada vez más impagable. Retrocedimos 50 años. Agréguese un levantamiento violento contra el gobierno en octubre del año 2019 y la pandemia del globalismo mal entendido, y el daño al país es probablemente irreparable.

Por eso es tan importante leer este libro y recoger argumentos contundentes para poder desactivar la retórica socialista que quiere crecer en nuestro país. Que viva la diversidad, que viva la libertad.

# INTRODUCCIÓN

Antonio Gramsci, referente intelectual de la izquierda, dice en sus *Cuadernos de la Cárcel: La conquista del poder cultural es previa a la del poder político, y esto se logra mediante la acción concertada de los intelectuales llamados 'orgánicos' infiltrados en todos los medios de comunicación, expresión y universitarios*. Del mismo modo, la izquierda latinoamericana -asimismo influida por el trotskismo, la revolución cubana y movimientos *campesino-indigenistas*- veía en la cultura una herramienta alternativa a la violencia revolucionaria. Así, nuestra intelectualidad de izquierda -afianzada en universidades, medios de comunicación e instituciones culturales- se atribuye superioridad moral y propaga la *igualdad* -igualitarismo- y la *no violencia*. Es lo que Lavrenti Pavlovich Beria, precursor de la psicopolítica y jefe de la KGB, llamó *higiene mental*: la conquista del poder por la implantación del caos y la cooptación de la cultura.<sup>1</sup> Desde el *pedestal* de la igualdad y la no violencia, la izquierda sermonea, pretendiendo arrasar los valores que se le opongan -Patria, nación, familia, religión, mercado- para sustituirlos por el materialismo dialéctico, es decir, la lucha de clases entre clases dominantes y subalternas, a fin de lograr una sociedad más *justa, libre y solidaria*.

Sin embargo, cualquiera que conozca superficialmente a Gramsci se percatará de que no era precisamente un pacifista: *el poder es un centauro: mitad coerción, mitad legitimidad*, decía. Y la vía armada siempre terminó siendo

legítima para la izquierda latinoamericana, de lo que dan fe la revolución cubana, su sangrienta dictadura y el bochornoso episodio del octubre chileno de 2019. Pero un soviético hubiera encontrado en el socialista latinoamericano de la Guerra Fría una versión *soft* suya, incapaz de inmolarse como el Ejército Rojo en 1917 o 1943. Un *gramsciano* con la verborrea de Fidel Castro, la melena y barba del Che Guevara, la guitarra de Violeta Parra, el latinoamericanismo e indigenismo de Haya de la Torre, los murales de Rivera y la poesía de Neruda: el hijo político engendrado de los encuentros sexuales de León Trotsky y Frida Kahlo.

Con lo anterior no se pretende caricaturizar al intelectual socialista latinoamericano, sino explicar el fracaso de las revoluciones marxistas en América Latina para constituirse en alternativa viable de poder. La falta de disciplina y de doctrina sabotaron sus propios proyectos. Clara expresión de aquello fue el fracaso de la Unidad Popular en Chile. En lo básico, las fuerzas de izquierda no tenían acuerdo: los comunistas decían respetar la institucionalidad burguesa, mientras que la mayoría de los socialistas promovían su quiebre, aun al precio de la guerra civil y la desintegración nacional. La UP no solo tuvo como obstáculo una nación reactiva a una ideología extraña como el bolchevismo, sino su desorden interno, algo increíble para una coalición política que aspiraba a la planificación global de la sociedad. Ese conflicto entre reformistas y revolucionarios

dividió irreconciliablemente las fuerzas de *la vía chilena al socialismo*.

Tras la dramática experiencia chilena de la UP, ¿es posible aún crear un orden socialista institucional? En Latinoamérica sí. El eslogan de la *igualdad* convirtió en socialistas probablemente de manera irreversible a sociedades como Argentina y Venezuela; en este último caso, la retórica *gramsciana* permitió institucionalizar la revolución bolivariana a través de un caudillo y una nueva Constitución, con los nefastos resultados conocidos por todos. La demagogia, la narrativa mítica, la cooptación cultural e intelectual son ventajas absolutas de la izquierda *gramsciana* en América Latina y en Occidente en general. Alguna vez el propio Marx acusó a la filosofía liberal-burguesa de apropiarse del conocimiento, a través de su teoría del *secuestro del raciocinio*. Gramsci tomó aquel concepto de Marx y dio forma a la *hegemonía cultural*, es decir, el liderazgo intelectual y moral socialista como la construcción del *sentido común*. Los teóricos de la *Escuela de Frankfurt* tomarían el testimonio tras la postguerra, otorgándole una legitimidad filosófica moderna.

Esta introducción a las características *gramscianas* del socialismo chileno y latinoamericano, formado ante la imposibilidad de alcanzar el poder por la fuerza, ayuda a explicar las movilizaciones sociales y criminales organizadas por la izquierda en Chile en octubre de 2019. La intelectualidad chilena construyó a lo largo del siglo XX,

en especial en las últimas dos décadas, una indiscutible hegemonía cultural que ha inspirado una serie de crisis sociales; la última de ellas no es más que la culminación de un largo historial de intentos de acceder al poder destruyendo el orden institucional. Como diría un reconocido historiador trotskista, las *masas mestizas iracundas* o el *bajo pueblo* protagonizaron el más grande y temible reventón social de toda la historia de Chile.<sup>2</sup> Lejos de ser cierta está la tesis de la izquierda de que el *estallido social* se organizó lejos de las antiguas formas asociativas (partidos políticos y organizaciones sindicales)<sup>3</sup> solo porque se apreciaban entre las multitudes banderas indigenistas, de minorías sexuales y barras bravas: eso por sí solo no demuestra que los partidos políticos de ultraizquierda no tomaron parte en los eventos de octubre. Que los cabecillas no se vean, no quiere decir que no existan. Las estaciones de metro reducidas a cenizas de manera simultánea distan grandemente de un movimiento social espontáneo. Pero, una vez que la violencia se transformó en la fuerza dominante de la protesta, a los partidos de izquierda más les convenía alejarse de la furia desquiciada y culpar al lumpen. Es lo que popularmente se conoce como *tirar la piedra y esconder la mano*.

Por ello, no es que la sociedad chilena despertase y se constituyese en un *nuevo pueblo que trata de abrir un nuevo ciclo histórico*<sup>4</sup> tras el agotamiento del *modelo neoliberal y de su descendiente directo, el abuso*: la versión

moderna de la dialéctica marxista de la *explotación* y, junto con la desigualdad, conceptos explotados por la izquierda hasta la saciedad. Como señaló el diputado de Revolución Democrática Giorgio Jackson, *la desigualdad se convierte en un ají en el poto* (sic) *para las personas*.<sup>5</sup>

Uno de los pocos intelectuales que vaticinó -más de una década antes, en 2007- los eventos de octubre de 2019 en Chile fue Axel Kaiser: *“Chile se encamina al fracaso. (...) El fracaso consistirá más bien en haber llegado hasta donde estamos, con un nivel de creciente tensión social que sin duda nos hará retroceder en varios aspectos. Derivará en un clima creciente de conflictividad social”*.<sup>6</sup> Kaiser, además, predijo: *“La clase política empezará a ceder por todos lados en una competencia frenética por mantener su popularidad y, así, el poder. Habrá más populismo, más ofertones, más repartija y más leyes antiliberales que introducirán rigideces al sistema, todo lo cual agravará la situación... Para cada problema habrá una respuesta ideológica apuntando hacia más Estado e ingeniería social”*.<sup>7</sup>

A lo largo de estas páginas se analizará el discurso socialista, que, amparado en narrativas como la igualdad, es capaz de seducir a sociedades maduras y con economías de altos ingresos y desarrollo humano como la chilena, Sin embargo, ¿es posible desactivar la retórica socialista? Al sustentarse en relatos, poesía, desinformación y manipulación, es en teoría fácil de desenmascarar. Por

tanto, se requiere manejo de un elemento despreciado por la izquierda, la evidencia empírica, al alcance de la mano de quien quiera obtenerla.

Sin embargo, el discurso de izquierda es duro de roer. Al tener el rigor científico en su contra, apela entonces a la emotividad e incluso a valores como la justicia y la moralidad, acusando recurrentemente a sus oponentes de *tecnócratas e insensibles del sufrimiento de la gente. El dolor del pueblo no se traduce en cifras, su frustración no son números, son familias, son la clase media chilena abandonada.* Esos son los típicos argumentos de la izquierda cuando los datos empíricos no les favorecen, pero que le dan una ventaja casi insuperable ante las masas desinformadas y susceptibles a la demagogia. Es lo que Kahneman llamó sistemas de pensamiento, dentro de los cuales el pensamiento instintivo-emocional predomina en la mente de los hombres.<sup>8</sup> Por otra parte, la ideología liberal no cuenta ni con un Gramsci ni con un Althusser. Los grandes pensadores no marxistas suelen ser ignorados, pues casi no se enseñan en las aulas, controladas por la izquierda. Negar validez a las ideas del otro es una herramienta magistral, pero hoy también una lucha desigual. Ante eso, el camino es recuperar no solo las aulas: también medios de comunicación, cultura, federaciones de estudiantes, centros de pensamiento, calles, gremios, sindicatos y barrios periféricos,



combatiendo a la intelectualidad marxista en su propio patio.

En su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, Karl Popper definió lo que llamaría como la *paradoja de la tolerancia*, teoría que concluye que una sociedad con una tolerancia ilimitada a un conjunto de valores y acciones, conducirá a la desaparición de la tolerancia.<sup>9</sup> Asimismo, la señalada teoría condena la violencia como manera de imponerse en el debate ideológico. De acuerdo a lo anterior, según Popper, quienes usan la violencia como un medio, es simplemente porque se quedaron sin argumentos para sostener sus ideas. Las denominadas *funas*, incluyendo ataques físicos contra quienes piensan distinto, han sido de manera lamentable cada vez más comunes en Chile, en peligroso detrimento del debate público y también del privado.

Pero los ataques también vienen desde la prensa: rostros de televisión -con escasa instrucción en el mundo de la política- y periodistas que no dudan en censurar al que se atreva de opinar distinto, es decir, contra los principios de la izquierda. Precisamente, los mismos que marcharon por años en las calles exigiendo un mundo tolerante con las minorías, son quienes -amparados en el discurso construido por una aparente y falsa mayoría- silencian y atacan a quienes no comulgan con su visión de mundo: es lo que llamo *la dictadura de las minorías*. Si esto no es la paradoja

de la tolerancia teorizada por Popper en la posguerra, entonces no hay nada que lo sea.

El socialismo da en la boca sus ideas y las mastica para la gente, para que sean de fácil digestión. Por si fuera poco, las masas -que reciben eficazmente de manera reiterativa las *ideas falsas*, según Althusser- sienten repulsión por los argumentos académicos de la derecha, ya que las vincula de inmediato con las ideas de una clase privilegiada que tuvo los recursos para educarse, como si nadie más tuviera acceso a la educación superior en Chile. Por eso, quien habla más y más fuerte, a través de discursos tribales, gana la calle, no obstante los recursos intelectuales sean limitados.

Pero tras esos *fríos y malvados* números hay hombres y mujeres, chilenos de carne y hueso, familias. Cada decimal significa personas que salieron de la pobreza y viven mejor que sus antepasados. Cuando abordemos el titánico esfuerzo que desde los setenta redujo los niveles de pobreza en Chile, veremos que las estadísticas respaldan que el modelo económico que hoy se desprestigia generó un país más justo. Sí, leyó bien: más justo. La evidencia demuestra que la economía de mercado, la propiedad privada, la libertad individual y la responsabilidad fiscal generaron una caída inédita de los índices de desigualdad: simplemente, hay modelos que funcionan mejor que otros. Como dijo el reconocido economista chileno-norteamericano Joseph Ramos, *en Chile hay mucha*